

LA IDEA

CARTA ABIERTA al señor don PEDRO COSIO

En el diario «El Día» del 1.º y 4 del corriente, hemos leído dos artículos titulados «Francia militarista», que suscribe nuestro ilustrado compatriota el señor D. Pedro Cosío, en el cual, al defender a Francia de las acusaciones que sobre su preponderante espíritu militarista le han sido dirigidas, se hacen al pueblo alemán cargos injustos y tal vez inoportunos.

El hecho de tratarse de una publicación debida a la pluma de un conciudadano de arraigado prestigio en el país y de talento indiscutible, demostrado en los altos cargos que ha desempeñado en la administración pública, nos pone en el caso de interponernos entre sus argumentos, que consideramos equivocados, y la influencia que la innegable autoridad de su palabra pueda ejercer en el espíritu público. Lo haremos con la misma altura de miras con que siempre hemos defendido nuestras ideas y con el respeto que se merece el ilustrado ciudadano, valiéndonos, al efecto, de esta carta abierta, que nos permitirá desarrollar con más libertad nuestro pensamiento.

LLOYD GEORGE FRENTE A FRANCIA

Nos habla Ud., señor Cosío, de la hostilidad de Lloyd George, cuya actitud tiene, por coronación lógica, el apuntalamiento de Mr. Mac Donald para primer ministro de Inglaterra.

Nosotros entendemos que la actitud actual de Lloyd George hacia Francia no es un caso preconcebido de hostilidad, sino una consecuencia lógica de la política francesa, un acto de protesta, tal vez una tardía manifestación de arrepentimiento por no haber sabido imponer, cuando era hora, sus verdaderos sentimientos de equidad y de justicia.

Porque, después de todo cuanto se ha escrito sobre esa Conferencia por los mismos que actuaron en ella, necesariamente se llega a la conclusión de que todos se dejaron sugerir por la actitud de Mr. Clemenceau, lo que prueba que nadie midió la magnitud del problema que estaban llamados a resolver, y que sólo los franceses sabían a qué iban y lo que querían de esa Conferencia. Los absurdos del tratado de paz de Versalles no se veían cuando Mr. Clemenceau suplicaba: «Je supplie le Conseil de se mettre dans l'esprit de la population française»; se vieron después, cuando se aplicaba el articulado de ese tratado. Seguramente, ni Wilson, ni Lloyd George, ni Orlando creyeron que el tratado iba a aplicarse estrictamente, y por eso les fué más fácil ponerse dentro del espíritu francés, que no en la equidad del verdadero estadista consciente de su responsabilidad.

El gran estadista inglés ha sentido sublevarse su conciencia ante la actitud intran-

sigente y cruel de Francia, ante las injusticias, los sufrimientos y las vejaciones inútiles de que se hace víctima al pueblo alemán. Infinidad de veces había manifestado que se hallaba dispuesto a colaborar con Francia, siempre que ésta se colocara dentro de los límites de la equidad y de la justicia, y le ha dado la voz de alarma, previniéndole que al querer precipitar en la ruina a la Europa Central, sería arrastrada también ella al abismo, ya que la bancarrota de las naciones centrales tendría por consecuencia la bancarrota de toda la Europa. Francia, embriagada por la victoria, plena de orgullo, no se ha dignado oír los consejos del insigne estadista, irreconciliable enemigo de Alemania. Por el contrario, ha puesto nuevas cadenas de esclavitud al vencido, y ello ha traído, por lógica consecuencia, el distanciamiento que, forzosamente, debía producirse, dada la actitud del gobierno francés, provocando, al mismo tiempo, una reacción en el pueblo inglés, al que, indiscutiblemente, debe Francia, en gran parte, su salvación.

Y esa reacción se ha experimentado también en otros pueblos, cuyos gobiernos están muy lejos de sentirse solidarizados con el gobierno francés. Porque no ha sido tan sólo Lloyd George quien se ha pronunciado: son muchos, aún franceses, los que han puesto en evidencia los errores de los gobernantes de Francia.

LA BAJA DEL FRANCO

Dice Ud. que nadie duda de que las orientaciones de Mr. Mac Donald serán enteramente favorables a soluciones contrarias al interés legítimo de Francia (habría que ver cuál es, en realidad, ese interés legítimo), y agrega: «De ahí la baja del franco en estos últimos tiempos, acentuada desde el día en que cambió el ministerio británico. Es una de esas reacciones que en la moneda fiduciaria provocan los fenómenos psicológicos, cuando la base de estabilidad no es muy firme. Las cotizaciones del franco han respondido en cierto grado a la influencia moral de una expectativa: las reparaciones. Desde el momento en que aparezca un motivo serio de alarma con respecto al fiel cumplimiento del pacto de Versalles, las oscilaciones en ese valor tienen que sufrir violentos choques».

Todo esto, señor Cosío, es precisamente lo que no ha querido ver Francia con anticipación.

Son las previsiones de Lloyd George, de Nitti, de Gay, de Keynes, de Jezé, de Cailiaux, de todos los más ilustres economistas que empiezan a cumplirse, y que se cumplirán infaliblemente si Francia no cambia de proceder.

Estaba más que previsto que el monstruoso tratado de paz de Versalles era imposible de cumplir. No existe, no puede existir organización humana alguna capaz de darle estricto cumplimiento, y, por consiguiente, más temprano o más tarde, tendrá que llegar el momento de su revisión para hacerlo más justo, más equitativo, más humano, a fin de hacer posible su ejecución.

Los estadistas franceses no quisieron ver ni oír, y la consigna fué: «Les boches payeront tout». ¿Qué sucedió entonces? Que las cuentas por indemnizaciones de daños llovieron en cantidades enormes y por sumas fabulosas, reconocidas en su casi totalidad por las comisiones respectivas, sin que su monto, generalmente exagerado, haya sido comprobado o justificado. Con esto no hacemos más que repetir lo que desde hace largo tiempo se viene discutiendo en el mismo Parlamento francés: el diputado Emmanuel Brousse en la sesión del 20 de Febrero de 1923 y el diputado Inghels, en la del 26 del mismo mes, hacían denuncias bien concretas a este respecto. Pusieron en evidencia las "correcciones" que en las demandas de indemnizaciones hacia la "Asociación de damnificados de Nord y La Bassée", "correcciones" por las cuales esa Asociación percibió honorarios que, en algunos casos, han llegado a la modesta suma de UN MILLON DE FRANCOS.

¿Qué importaba el monto de las reclamaciones, si Alemania lo pagaría todo?

El distinguido compatriota tiene una pequeña prueba de lo que decimos en el telegrama de la Agencia Havas publicado en la prensa diaria el 31 de enero último:

"PARIS, 31 (Havas). — La Cámara de Diputados votó el proyecto relativo a la revisión de las reclamaciones por daños de guerra que exceden de medio millón de francos. Se calcula que este proyecto afectará a cien mil reclamaciones. Se necesitarán varios años para revisarlas. Los proponentes aseguran que se obtendrán economías por valor de 25.000 millones de francos".

Cómo será la cosa cuando los mismos franceses han tenido que llegar a esa revisión!

De cómo las gastan en Francia a este respecto lo prueba el diario parisién «Le Quotidien», que dice:

"Nadie pone en duda hoy la necesidad de un debate parlamentario substancial y documentado en el cual nada quede oculto o escondido. Las poblaciones del Norte y del Este piden justicia. De todas partes surgen las protestas contra la adjudicación excesiva de indemnizaciones a los grandes industriales, a los grandes propietarios rurales, a los especuladores, a los intermediarios, mientras una gran parte de gente pobre y honrada que lo ha perdido todo y no reclama sino el estricto valor de lo perdido, ha recibido sólo cantidades irrisorias".

Y en ese tren sigue «Le Quotidien», cuyo artículo íntegro lo transcribe «La Tribuna Popular» en su número del 31 de enero úl-

timo, en su "Actualidad mundial", subtítulo "Opiniones de la prensa francesa".

A todos estos derroches agréguese los enormes gastos militares, así como los realizados para la construcción de su gran flota aérea (la mayor del mundo, y que, seguramente, no ha sido construída para guardarse de la indefensa Alemania), y los grandes empréstitos hechos a los países de la "Petite Entente" para la adquisición de armamentos, todo lo que se pensaba hacer pesar sobre las espaldas de Alemania y se tendrá una idea de la verdadera situación de Francia.

¿Cuáles son, ahora, las consecuencias palpables de esa política?

Despojada Alemania de sus zonas de producción, de sus minas, de sus medios de trabajo, extenuadas y abatidas sus industrias y su comercio y su población víctima de la miseria y del hambre, no puede entregar todo lo que se le exige, y menos aún en un plazo perentorio, y entonces, como un resultado lógico, como una consecuencia fatal, se produce el desequilibrio financiero de Francia y la inevitable "baja del franco." Tras ello vendrá también, no lo dude Ud., señor Cosío, el desengaño de Francia.

Habría sido, pues, un mal inútil el haber realizado tan implacablemente el aniquilamiento de la Europa Central.

EL MILITARISMO FRANCES

Dice Ud., señor Cosío, que se justifica que Francia tenga un ejército al servicio de sus legítimos intereses ante un vecino peligroso y que se niega a cumplir un tratado internacional.

Pero, ¿qué peligro puede ofrecer Alemania arruinada, hambrienta, sin armas, sin escuadra, sin aeroplanos, con sus ferrocarriles mermados, despojada de sus más ricos territorios, étnicamente germanos, ocupadas sus regiones mineras e industriales por un numeroso ejército que está obligada a pagar y a mantener lujosamente, soportando una carga tan inútil como onerosa?

¿Cree efectivamente el señor Cosío que sea en realidad el peligro alemán el que lleva a Francia a armarse hasta los dientes y a realizar sacrificios financieros para armar a sus satélites? ¿No serán otras las causas que la impulsan a armarse? ¿No lo hará para seguir las huellas de Luis XIV y de los Napoleones; procurarse la hegemonía de la Europa?

Dice Lloyd George que no hay vino que haga arder más completamente la cabeza que la vanidad militar. Estas palabras tienen una elocuencia aplastadora y lo explica todo. ¿No es verdad, señor Cosío?

Nunca se ha negado Alemania a cumplir el tratado de Versalles: al contrario, ha hecho lo posible por cumplirlo. ¿Lo ha cumplido, acaso, Francia? Mucho tendríamos que decir sobre este punto, pero nos saldríamos de la cuestión.

El señor Cosío no ignora que el tratado de Versalles fué impuesto por la fuerza, mientras el pueblo alemán, bloqueado, perecía de hambre, sin permitirse a los delegados alemanes que hicieran ninguna observación.

Jurídicamente, ¿qué valor puede tener un contrato cuando uno de los contratantes es obligado a firmar sin examen ni discusión y con un revólver abocado a su sien?

No es que Alemania se niegue a cumplir, sino que no puede cumplir, lo que es muy distinto.

Antes de la ocupación del Ruhr, Alemania ya había hecho entregas por cerca de 50 mil millones de marcos oro (alrededor de 60 mil millones de francos oro), doce veces la indemnización pagada por Francia en 1871. Los cuatro mil millones a que Ud. se refiere, señor Cosío, ha de ser lo entregado en dinero efectivo a Francia solamente.

Todos los ofrecimientos que ha hecho Alemania para llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes, han sido desechados, algunos de ellos sin haber sido ni siquiera tomados en consideración.

Cuántas veces ha pedido el nombramiento de tribunales neutrales para que se investigue sobre la responsabilidad de la guerra, no sólo no se le ha querido oír, sino que se la ha llenado de insultos y diatribas.

Tantas veces como ha propuesto someter al arbitraje la cuestión reparaciones, se le ha contestado con un arbitrario y terminante: no ha lugar. Y así, con el pretexto de que no cumplía, de que no pagaba, se ha despojado, se ha humillado y se ha llevado a la miseria, al hambre y a la impotencia a un pueblo de 70 millones de almas.

¿Qué se pretende entonces? ¿Aniquilar a ese pueblo? No puede haber duda alguna a ese respecto desde que se ha encontrado el pretexto: la seguridad de Francia y la falta de cumplimiento del tratado de Versalles.

Es por estas consideraciones que no creemos oportuno que un hombre que tan justamente tiene fama de recto y estudioso, haga las acusaciones que hace al pueblo alemán, en los precisos momentos en que se ha logrado constituir, en la forma exigida por Francia, una Comisión de peritos, que actualmente se encuentra en funciones, para el estudio de la capacidad de pago de Alemania.

¿No es lógico y justo esperar a conocer las conclusiones de esa Comisión y aún la actitud que asumirá Alemania en consecuencia?

Poca seguridad ha de tener Francia en la justicia de su causa, cuando empieza por temer que esas conclusiones no sean favorables en un todo a sus intereses y a los fines que persigue.

LA LABOR DE ALEMANIA

Para concluir, nos permitiremos informar al señor Cosío, de cuáles son hoy día las principales ocupaciones de **ese peligroso pueblo alemán**, en contraposición a las febriles tareas militaristas a que se halla entregada Francia. Para ello apelaremos a la autorizada palabra del distinguido médico doctor Rodríguez Guerrero, en una correspondencia que publica «La Mañana»:

«Ciertamente, si, como parece, este pueblo

“está destinado a desaparecer bajo el empuje permanente y sin tregua que el vencedor le ha impuesto, los últimos soldados que depondrán las armas serán los hombres de ciencia, y los últimos baluartes que ocupará el enemigo serán los laboratorios donde aquélla se construye.

“En otra oportunidad trazaremos algunas notas destinadas a relatar las dificultades sobrehumanas que padecen las clases intelectuales, y en particular, los hombres de ciencia, en Alemania, ya en su vida privada como en el dominio de la investigación. De la primera ya es un hecho banal decir que no tienen qué comer, y de la segunda nos referiremos a la escasez de substancias químicas, reactivos y colorantes que se padece en los laboratorios, a pesar de ser éste el país que los ha producido en mayor escala y de mejor calidad, nos referiremos también a la falta de aparatos, y, de paso, tal vez, fuera interesante describir con cuánto ingenio se improvisan aparatos de invención casera, diremos así, con que se sustituye la falta del aparato moderno, completo y exacto, que no se puede adquirir en la fábrica, porque el laboratorio no tiene dinero.

“Todo lo cual, sin embargo, no impide que los institutos de investigación estén llenos de gente que trabaja con entusiasmo y con fe, ora en los problemas de la biología, como lo atestiguan los congresos que periódicamente se realizan en Alemania, o en las revistas científicas que aparecen, casi a diario, llenas de copioso material, para cuya lectura falta a veces el tiempo, ora en los problemas de la mecánica, de la ingeniería, etc., como lo demuestran los anuncios de grandes acontecimientos a revelarse, a breve plazo, en el terreno de la telefonía sin hilos.”

¿No le parece, señor Cosío, que los intelectuales como Ud. deben desear con ansia el resurgimiento de un pueblo así?

Si a ello agregamos la capacidad industrial y comercial del pueblo alemán y su preparación en todas las ramas del saber humano, preciso es convenir en que es necesario que se permita a ese pueblo plena libertad para el desarrollo de sus actividades, única forma en que le será posible prosperar y, por consiguiente, estar en condiciones de pagar.

Nosotros no deseamos ningún mal al pueblo francés; por el contrario, deseamos su prosperidad y su bienestar, pero tampoco queremos, porque es cruel e inhumano, el sufrimiento ni la ruina del pueblo alemán.

Nosotros abrigamos una intensa aspiración, un gran anhelo por que sea una realidad el reinado de la fraternidad humana, nosotros queremos que todas las naciones civilizadas vivan y prosperen al amparo de una paz estable, de amor y de justicia y no de opresión y de esclavitud, en bien del progreso y del bienestar de toda la humanidad.

Seguros estamos de que también lo desea así nuestro talentoso compatriota.